

8º A los doce días de operado, viendo Juan de Dios que no había habido ningún accidente, y considerándome enteramente bueno, puso de Nueva York á Monterrey un telegrama, avisando que yo había recobrado la vista. Este aviso llegó el día 20 de Octubre. En un instante corrió la noticia por toda la ciudad: se juntó en el Palacio del Estado una gran multitud de gentes de todas clases y condiciones, pidiendo al Gobierno que les permitiera solemnizar la noticia que se había recibido y disponerme un recibimiento como ellos querían. El Sr. Gobernador no solamente les concedió lo que pedían, sino que se prestó bondadosamente á presidir aquella gran junta, la cual acordó: que se hiciera una felicitación al eminente Dr. Knapp por el éxito feliz de la operación, que me había hecho: que se abriera una suscripción para hacer los gastos que fueran necesarios en mi recepción: y que el Sr. Gobernador nombrara de entre ellos una junta directiva, que se encargara de disponer y ejecutar lo que debía hacerse. Se disolvió la junta, y los ciudadanos fueron á todas las Iglesias, y dieron un repique á vuelo é hicieron otras demostraciones de alegría. El Gobernador luego nombró la junta directiva compuesta de los señores que firmaron el documento, que se insertará más abajo, y estos señores nombraron presidente al Sr. Gobernador y tesorero al Sr. Alcalde 1º D. Rafael Sepúlve-

da. La suscripción produjo más de mil pesos.

Lo primero que hizo la junta directiva fué mandar la felicitación acordada, la cual fué puesta en estos términos: "Al Sr. Dr. Knapp. Nueva York.—El pueblo de Monterrey, capital del Estado de Nuevo-León, sumamente complacido por el feliz éxito de la operación que vd. hizo en la vista á uno de sus hijos más queridos, el Ilustre y Benemérito Dr. José Eleuterio González, acordó ayer, reunido espontáneamente en el Palacio del Gobierno, bajo la presidencia del C. Canuto García, actual Gobernador del Estado, enviar á vd., por nuestro humilde conducto, la más cordial felicitación como una débil muestra de su gratitud y como un merecido elogio á la reconocida habilidad de vd.—Monterrey, Octubre 21 de 1883.—Lic. Canuto García, presidente de la junta.—Lic. M. Villareal.—Lic. Ramón Treviño.—Estanislao Hernández.—Longinos Bernal, presidente de la Sociedad de Obreros.—Dr. Tomás Hinojosa.—Valentín Rivero.—Rafael Sepúlveda.—Reinaldo Berardi.—Dr. Domingo Martínez Echartea, secretario de la junta."

El día 22 se celebró en la Catedral una misa muy solemne, con asistencia del Sr. Obispo, en acción de gracias á Dios Nuestro Señor por haberme devuelto la vista: en esta misa cantaron veinte muchachas reineras, y los gastos se hicieron por cuenta de la mayor parte de los médicos de la ciudad.

La junta directiva expidió el día 12 de Noviembre el programa de las cosas que debían hacerse en mi obsequio, cuando viniera, cuyo documento puede verse en "La Revista" del día 17 del mismo mes. Además de las comisiones, que dispuso el programa que fueran á encontrarme á Laredo, fueron más de ciento cincuenta personas. Llegué á la rivera del Bravo el 22 del mismo Noviembre, y lo que allí pasó y en los días siguientes consta en el cuaderno adjunto.

La compañía dramática González Alonso dió en mi obsequio una comedia, destinando la mitad de sus productos para que yo la diera á la obra de beneficencia que fuera de mi agrado. Lo que produjo esta donación se añadió al fondo producido por la suscripción.

Al siguiente día de la velada la junta directiva, en cumplimiento del artículo 12 del programa, me entregó 800 pesos para que yo los destinara á las obras de beneficencia que quisiera. En esos días el Hospital civil estaba en verdadera necesidad, porque no tenía más dinero que el que habían pagado los soldados por sus estancias, y ese pago lo habían hecho en moneda de níquel, y el níquel no querían recibirlo en el comercio, por lo que me pareció bien dar 500 pesos para alimentación de los enfermos de dicho Hospital. La parroquia de la Villa de García se había quemado en ese tiempo, y dí 200 pesos para su reconstrucción.

Los 100 pesos restantes los repartí entre unas familias vergonzantes bien conocidas de esta ciudad.

9º Puedo asegurar que del año de 69 á esta fecha una sola cosa me ha sido amarga, y es la siguiente: Yo había estado y estaba muy apreciado de los nuevoleonenses, y esto lo sabe vd. mejor que yo; pues bien, apenas fuí nombrado Gobernador constitucional cuando ví reducido el número de mis amigos á una cuarta parte: las otras tres cuartas partes se me separaron, me veían de reojo y censuraban agríamente todos mis actos, aun los más inocentes y justificados. Establecieron hasta tres periódicos para hacerme la oposición más sistemática é injusta. Yo había sido nombrado sin pretenderlo, y de mí nadie podía esperar ningún mal; ¿por qué, pues, manifestaban tanta animosidad contra mí? No lo sé; pero sí puedo decir que vi prácticamente cómo la maldiciada política mueve y exalta las malas pasiones y ahoga las buenas, haciendo al hombre enemigo encarnizado de todo el que no es de su partido, en términos de hacerlo atropellar todo y romper los sagrados lazos de la sangre, de la amistad y del agradecimiento!

Lo que más me amargaba era ver en el bando contrario á muchos de mis amigos más antiguos, á algunos de mis más queridos discípulos y aun á parientes míos muy cercanos. Gentes que me habían menester, ya como mé-

dico, ya como amigo y ya como protector, me hacían la oposición y trabajaban contra mí cuanto podían.

Este estado tan violento duró dos años y medio, hasta que, habiendo sido postulado segunda vez para Gobernador en 1875, como he dicho antes, renuncié la candidatura, suplicando á mis conciudadanos que no me dieran votos para ningún empleo público, protestando que sólo quería ser lo que había sido antes, el amigo y servidor de todos sin distinción de partidos. Apenas vió la luz la tal renuncia cuando cambió completamente la escena, yo volví á ser lo que antes había sido, y los nuevoleonenses todos volvieron á ser mis amigos como lo habían sido siempre.

De los demas trabajos, que me han sobrevenido, el mayor fué, sin duda, la ceguera; y ésta, aunque muy mortificante, la sufría con paciencia, porque la consideraba como el resultado necesario de causas naturales, porque siempre conservaba alguna esperanza de sanar; y porque, cuando miraba el grande interés que todos tenían por mí, decía dentro de mi corazón: Si yo fuera Gobernador se interesarían por mí uno de cada cuatro; y siendo como soy un pobre ciego, casi inútil, todos me ven compasivamente y se interesan por mi salud: ¡feliz renuncia una y mil veces, que, volviéndome á mi primitivo estado, me restituyó

la calma del espíritu y el aprecio de mis conciudadanos

He concluido mi tarea, creo que estará vd. satisfecho; pero si no lo estuviere y aun quiere más noticias, pídamelas que yo tendré mucho gusto en complacerlo.

Queda de vd. como siempre su afectísimo compadre, amigo y servidor que de veras lo aprecia y verlo desea.—J. Eleuterio González.”

Sólo á grandes rasgos refirió el venerable maestro sus principales hechos en ese período de 15 años. El ciertamente hubiera huido de escribir por sí mismo su biografía y, aun tengo para mí, que si no hubiera sabido la sinceridad de mi afecto, el alto aprecio que yo le profesaba y que con su carta me proporcionaba íntimo placer, hubiera esquivado, por tratarse de su persona, contestarme, aunque faltara con ello á la regla de conducta que siempre tuvo: de que debe contestarse toda carta que se recibe, sea de quien fuere.

Reservando para su oportunidad hablar de las obras que escribió; esnos forzoso hacerlo de aquellos tormentosos días en que *pobre ciego*, como él dice, todos se interesaban por su salud.

Un pensador ha dicho: que educar no es tanto dar ideas al alma, sino prepararla para las luchas de la vida. Y la educación, aunque comienza en las tiernas exhortaciones de una

madre, porque, como asienta Aimé Martín, la virtud no solo se enseña, sino que se inspira, no concluye sino hasta la muerte. Día á día tenemos la inmensa tarea de educar nuestros sentimientos: las decepciones son la mejor escuela, que mas se aprende en el infortunio que en la prosperidad: ésta desvanece y aquel purifica al espíritu, cuando se sabe sostenerse á pié firme, sin ser vencido por las contrariedades, ¡Ah! no conocemos aquello de que somos capaces, sino hasta que llega una ocasión oportuna, que nos revela que en nuestro organismo, que en nuestro modo de sér moral, hay fuerzas escondidas, que, en medio de la adversidad, nos hacen comprender que hay modo de convertir una derrota en una victoria!

Así sucedió á nuestro amado Gonzalitos en los aciagos días de su ceguera.

¡Que pena tan profunda se sentía al contemplarlo por las calles, apoyado en el brazo de alguno de sus discípulos, y sin que pudiera ver las demostraciones de condolencia que revelaban en sus semblantes el anciano, el hombre, el niño, pobres, ricos y de todas condiciones, al mirarlo con el báculo del ciego! A prueba de inmenso dolor fué sujetado por el destino en aquellos días. Era para él un alimento la lectura..... ¿Qué no sufriría, al no poder proporcionar, cuando quisiera, ese pan á su infatigable espíritu? Sus discípulos se afanaban, y con un celo verdaderamente filial, en hacer-

